

Y el frío y la humedad le produjeron un gran consuelo.

Cuando el ardor de su lengua calentaba un sitio, el Sabueso se arrastraba buscando otro en que hallar aquella fresca consoladora; y el infeliz recorrió de este modo diferentes veces todo el recinto de su prision.

Pero ni este medio era suficiente para apagar su terrible sed, ni tenia alimento alguno con que aplacar el hambre que tambien le mortificaba, pues es inútil decir que hubiera preferido la muerte á comer el bacalao seco que le habia llevado el Sr. Perez.

Así trascurrió el día.

D. Jacinto no volvió á visitar á su prisionero, seguro de que éste, estrechado por su tormento, le llamaría al fin.

Peró el Sr. Perez se equivocaba en sus cálculos.

Sentado á la mesa de su despacho veia desaparecer los últimos rayos de la luz del día, que penetraban por una ventana, diciendo:

—No es posible hallar hombre más duro: lleva dos dias en que apenas ha comido y bebido, y, sin embargo, no se entrega. ¡Maldito mil veces! Está retardando el instante en que debo percibir una fortuna... nunca se lo perdonaré.

Y mientras tanto el Sabueso, vencido por la fuerza de su infernal martirio, habia perdido la razon y se hallaba en el fondo de su calabozo, tendido, desmayado, casi sin vida; pero, al cabo, descansando en este estado, semejante al de la muerte, del tormento cruel á que le habia sujetado el Sr. Perez.

#### La prueba de Adela.

El plazo concedido á D. Jacinto por la de Ferreira para arrancar á Bernardo la carta que á todo trance deseaba poseer, iba á espirar, y el agente de negocios no habia logrado cosa alguna de provecho, á pesar de haber empleado con todo rigor los infalibles procedimientos, cuya eficacia habia ponderado tanto en su última conferencia con Adela.

D. Jacinto no habia dormido en la noche que acababa de trascurrir.

Diferentes veces se habia asomado á la trampa que daba sobre el pozo, y desde allí habia llamado al Sabueso, pero inútilmente; éste no contestaba.

Ante su obstinado silencio, el Sr. Perez pensó en bajar al calabozo, mas no se atrevió.

El agente de negocios era cobarde, y su conducta con el infeliz Bernardo no dejaba de pesar sobre su

conciencia, dando mayores proporciones al miedo que experimentaba ante la sola idea de verse abajo, en el sótano, frente á frente de su desgraciada víctima, si quiera fuese acompañado de sus satélites.

El obstinado silencio de Bernardo hacia que el señor Perez abultase en su imaginacion los peligros de una entrevista con él, porque en este silencio creía hallar el prestamista una especie de cebo para despertar su curiosidad, atraerle y hallar tal vez la ocasion de una feroz venganza.

La imaginacion de un cobarde no puede sustraerse al trabajo de formar castillos en el aire, dentro de los cuales ve siempre surgir soñados peligros que amenazan su cabeza.

Quería, sin embargo, el agente saber en qué se ocupaba el Sabueso, y para conseguirlo, en una de las ocasiones en que se asomó á la trampa, introdujo por ella su linterna y paseó la luz en todas direcciones, hasta que al cabo descubrió á su prisionero tendido, exánime, moribundo, en el deplorable estado en que le dejamos nosotros al terminar el capítulo anterior.

Pero el buen Sr. Perez no llegó á figurarse si quiera la situacion angustiosa en que Bernardo se encontraba; lejos de esto, sospechó que con algun propósito, con algun encubierto plan se fingía dormido ó estenuado, que la verdad en este punto no alcanzaba á descubrirla el agente desde el lugar en que se hallaba.

—¿Qué haces ahí? dijo fijando la luz de la linterna en el cuerpo de Bernardo: ¿duermes ó te haces el muerto?... Pues no creas engañarme; yo sé que por

ahora la sed no te ha de matar, y que de hambre no has de morir todavía: vamos levántate y contéstame: ¿quieres revelarme el sitio donde escondes ese maldito papé? Debo advertirte que si te merezco esta confianza ganarás mucho en ello, pues el día vendrá pronto, y si cuando haya amanecido no tengo en mi poder la carta que te estoy pidiendo, vendrá otra persona muy cruel, que no te tratará con las consideraciones que yo te guardo, á exigirte que le confies lo que hasta ahora no me has querido confesar á mi... Sé prudente y ten en cuenta que vas á caer en manos de una mujer; las mujeres son más despiadadas que nosotros, y Dios sabe lo que al fin hará contigo...

Calló D. Jacinto esperando respuesta.

—¡Vana esperanza! El Sabueso hallábase en aquel instante suspendido entre la muerte y la vida, y era absolutamente extraño á cuanto sucedía á su alrededor.

No lo creyó así el prestamista, sin embargo, pues se retiró de la trampa murmurando entre dientes:

—¡Maldito!... ¡Maldito!... No habrá forma de hacerle confesar... Cualquiera creería que estaba muerto; pero á mí no me engaña... ¡Ah! si en el estado en que se encuentra me cogiera abajo... ¿quién sabe de lo que sería capaz?... No, no bajaré; debe estar horriblemente desesperado, y no me fio ni de los puñales de estos bribones que me sirven... Si vieran que me atacaba furioso, ¿no podría suceder que me abandonaran?...

Haciendo estas reflexiones llegó á su despacho.

El primer albor del día derramaba en la calle una

tibia luz que no alcanzaba á penetrar hasta la mesa de D. Jacinto.

Este, no obstante, miró á la ventana y divisó aquella primera luz.

—Ya amanece, dijo para sí: ¡qué negra fatalidad la mía! Dentro de algunas horas vendrá esa mujer y me verá vencido, humillado por la terquedad de ese imbécil. Pero... ¡qué diablos! yo no tengo la culpa de lo que está sucediendo; bastante he puesto de mi parte, y quizá á ella no se le hubiera ocurrido otro tanto... Allá veremos; que ensaye ahora su plan, y si le mata... que le mate: en pagándome lo convenido, me lavo las manos como Pilatos, y que entre los dos se las compongan.

Esta última resolución estaba tomada por el agente de negocios con una frialdad espantosa, y al propio tiempo con una firmeza inquebrantable.

A las diez de la mañana llegó Adela á la casa del Sr. Perez, quien la recibió empleando sus acostumbradas formas de cortesía y humildad, acentuadas esta vez con ciertos rasgos de tristeza, que Adela advirtió en el semblante del viejecillo, y en el compungido tono con que éste le dirigió la palabra al hacer uso para saludarla de su fórmula sacramental:

—Estoy á las órdenes de Vd., señora.

—¿Qué ocurre, Sr. Perez? preguntó Adela sorprendida: ¿por qué le veo á Vd. tan preocupado? ¿Ha habido alguna novedad?

—Ninguna, señora: anoche envié á Vd. mi último aviso, diciéndole cómo se encontraba nuestro preso...

—Recibí ese aviso; ¿y despues?...

—Despues no ha habido nada de particular: ese hombre es más duro que una roca.

Adela frunció el entrecejo y repuso:

—Lo sé.

—Dos dias hace, continuó D. Jacinto, que ni come ni bebe, y, sin embargo, la última vez que le ví dormía en el suelo del sótano como si estuviera en un lecho de plumas.

—¡Parece imposible! exclamó Adela; pero yo le conozco bien y sé que resistirá cuanto con él se haga.

—Entonces, señora..., balbuceó D. Jacinto.

—Entonces, añadió Adela, me encargaré yo de hacerle hablar, y hablará ó dejará de existir.

El agente se inclinó volviendo el rostro hácia otro lado, como si pretendiera ocultar la horrible repugnancia que le producía la idea del homicidio que anunciaba Adela con tan perfecto aplomo.

Pero justo es decir que la expresion que escondía el Sr. Perez no era de repugnancia, sino de satisfacción, porque en realidad, y á la altura á que había llegado aquel negocio, lo que deseaba era terminarlo cuanto antes.

Adela se encogió de hombros al observar el movimiento del prestamista, y dijo:

—Vamos á verle: tome Vd. sus llaves y su linterna.

—¿Cómo, señora! exclamó espantado D. Jacinto: ¿pretende Vd. bajar al sótano?

—¿Y Vd. me lo pregunta?

—Por favor, señora, permítame que le advierta...

Ese hombre está rabioso, tiene la furia de los tigres, y yo no respondo de lo que pudiera suceder.

—¿No le custodian dos hombres?

—Sí, señora.

—Y esos hombres, ¿no están armados?

—Sí, señora.

—¿Son los que nos acompañaron cuando yo bajé?...

—Sí, señora.

—Entonces ¿á qué viene ese temor?

—¡Ah! Vd. no sabe en qué estado se encuentra el preso...

—Sea el que fuere; tres hombres con armas no creo que vacilen en hacer frente á otro que está indefenso.

—Con todo...

—¿Tiene Vd. miedo, Sr. Perez?

—Miedo por Vd., señora.

—Pues deséchele Vd. y vamos allá.

D. Jacinto se inclinó: encendió su linterna, tomó las llaves y echó á andar delante de Adela, sin replicar una palabra más, porque el tono que esta mujer empleaba para dar sus órdenes era de esos que no admiten contestacion alguna.

A su paso recogió el Sr. Perez á sus satélites, encargándoles que apercibiesen sus armas y estuviesen prevenidos por lo que pudiera suceder.

Y reunidas ya estas cuatro personas se dirigieron al sótano.

D. Jacinto abrió la puerta estremeciéndose involuntariamente.

Adela se adelantó y fué la primera que entró en el sótano.

La siguió el Sr. Perez rodeado de su escolta, y á la luz de la linterna todos vieron á Bernardo que permanecía inmóvil en un rincón de su calabozo.

Adela se dirigió á él; pero el agente la detuvo diciendo:

—No avance Vd., señora, no sabemos lo que podría suceder; uno de estos muchachos despertará á nuestro prisionero.

Y volviéndose al más robusto, y sin duda al más valeroso de sus satélites, le ordenó:

—Acéreate, Isidro, y llama á ese hombre; dile que ya es hora de que se levante.

Isidro obedeció; pero inútilmente movió con fuerza al Sabueso y le llamó por su nombre.

Bernardo no daba señales de vida.

Entonces se incorporó el llamado Isidro, diciendo con una calma glacial:

—Este hombre está muerto.

—¡Muerto! exclamó el Sr. Perez serenándose.

—¡Muerto! repitió Adela; alumbre Vd., D. Jacinto.

Todos rodearon á Bernardo, y la luz de la linterna iluminó de lleno su rostro cadavérico; en aquel instante el infeliz abrió los ojos y lanzó en torno suyo una mirada de furor reconcentrado.

Pero esta mirada fué como un relámpago; el Sabueso cerró de nuevo los ojos y volvió á caer en su estado de completa postracion.

—No está muerto, dijo entonces Adela; pero si continúa así algún tiempo de seguro morirá, y no es esto lo que me conviene. Sr. Perez, es necesario que al momento se dé agua á este hombre: mande Vd. que la traigan.

—Yo mismo iré por ella, señora, contestó el agente dando la linterna á uno de sus hombres y apresurándose á salir.

A poco volvió con un jarro de agua.

El Sabueso fué incorporado por sus guardianes, y Adela, tomando el jarro de manos de D. Jacinto, vertió unas gotas de agua en la boca ardiente del prisionero.

Al sentir la frescura del líquido, éste se reanimó de un modo visible, abrió otra vez los ojos, vió el jarro que le ofrecía Adela, se inclinó hácia él y bebió con ansiedad toda el agua que contenía.

Esta escena fué muda.

No se percibió en ella otro ruido que el que causaba Bernardo al beber fatigosamente y con ánsia devoradora.

Cuando hubo apurado el jarro fijó el Sabueso la mirada en Adela, y con voz ronca exclamó:

—¡Más!... ¡Más!... ¡Más!...

—No, respondió Adela, ya has bebido bastante; ahora será preciso que comas, que recobres tus fuerzas y estés bien dispuesto para lo que aún tienes que sufrir. D. Jacinto, añadió dirigiéndose al agente, ¿se podrá traer comida para este hombre?

—Al instante, señora.

Y el Sr. Perez desapareció de nuevo por la puerta del sótano.

Adela hizo retirar á los guardianes, que dejaron la linterna en el suelo y fueron á colocarse á una distancia respetuosa.

Mientras tanto el Sabueso no dejaba de mirar á la que llamaba su mujer.

Adela se le acercó y le dijo:

—Ya lo ves, Bernardo; soy dueña de dejarte morir como á un perro entre estas cuatro paredes: sin embargo, quiero ser considerada contigo y no te someteré á nuevas pruebas ni morirás, si al cabo me entregas esa carta que en mala hora recogiste. Ya has visto de lo que soy capaz, y debes figurarte que no habrá nada que me haga retroceder. Vamos, sé razonable: ¿me dices dónde tienes esa carta?

—No, respondió el Sabueso con voz débil.

—Piénsalo bien, Bernardo, insistió Adela; si no me descubres ese secreto, hoy mismo pondré fin á tus días.

El Sabueso se encogió de hombros é hizo un gesto de indiferencia.

Adela golpeó el suelo con su diminuto pié, murmurando para sí:

—Es como el acero, salta pero no se dobla.

A este tiempo regresó D. Jacinto, trayendo un plato de carne que habia ido á comprar en un bodega inmediato.

Bernardo, vencido por la debilidad de la materia, comió tan ansiosamente como habia bebido.

CABALLA ALFONSO

UNIVERSARIA

Adela le estuvo contemplando sin pronunciar una palabra.

El Sr. Perez, silencioso tambien y con los ojos fijos en el suelo, no perdia, sin embargo, ni el más leve movimiento del preso, á quien no dejaba de temer, y para sus adentros acusaba á Adela de imprudente por estar reanimando las fuerzas de aquel hombre cuyo furor podia desatarse de un momento á otro quizás.

Bernardo acabó de comer y, contra lo que el señor Perez temia, no se movió.

Adela rompió entónces el silencio diciendo:

—Por última vez, Bernardo, ¿me entregas esa carta?

—No, contestó el Sabueso lacónicamente.

—Euhorabuena; puesto que tú lo quieres, será. Si game Vd., D. Jacinto.

El Sr. Perez hizo una seña á los guardianes de Bernardo y todos salieron del sótano.

Adela y el prestamista se encerraron en el despacho de éste, y allí permanecieron media hora en íntima conversacion, combinando un plan tenebroso al que habia de sujetarse la última prueba de las que Bernardo debia sufrir.

Cuando esta conversacion terminó, el Sr. Perez dejó á Adela en su despacho y salió para disponer el cumplimiento de las órdenes terminantes que habia recibido.

Los auxiliares del Sr. Perez se pusieron inmediatamente en accion, y una hora despues todo estaba preparado.

Adela bajó de nuevo, acompañada como siempre, al calabozo del Sabueso.

Éste fué atado de piés y manos por sus mismos guardianes y conducido junto al brocal del pozo.

Bernardo no oponia resistencia alguna.

Al considerar que no le habian dejado morir de hambre y sed, creyó que con su silencio tenia bastante para desarmar á sus enemigos.

Pero se equivocaba.

Cuando le colocaron junto al pozo, uno de sus vigilantes desapareció por la escalera que conducia á las habitaciones de D. Jacinto; á poco se abrió la trampa del techo del sótano y por ella descendió una cuerda fuerte que por la parte de arriba quedaba sujeta á una polea.

Isidro, que de los dos auxiliares del Sr. Perez era el que habia permanecido en el sótano, tomó la punta de esta cuerda, rodeó con ella el cuerpo del Sabueso, pasándola por debajo de sus brazos, y la ató á la espalda de este infeliz con toda seguridad.

Entonces el Sr. Perez abrió el candado de la barra de hierro que sujetaba el tablon del pozo, y levantó este tablon.

Dirigióse en seguida á la persona que por la trampa habia arrojado la cuerda con que estaba amarrado el Sabueso, y gritó:

—¡Arribal!

Esta orden se cumplió al punto.

El Sabueso, arrastrado por la cuerda, no tardó en ser suspendido, y su ascension continuó hasta que sus

CAPITULO ALFONSO

UNIVERSITARIA

piés estuvieron á mayor altura que el brocal del pozo.

Su cuerpo se bamboleaba en el aire sin dejar de subir, cuando el Sr. Perez dió otra voz diciendo:

—¡Abajo!

El movimiento cambió inmediatamente.

El cuerpo de Bernardo comenzó á descender en direccion á la boca del pozo.

Adela contemplaba impasible estas operaciones.

El Sr. Perez miraba al Sabueso con cierta tranquilidad de que no había gozado en los dos días anteriores.

Un observador no habria vacilado en asegurar que el agente de negocios, el que tantos escrúpulos habia manifestado á Adela al tratar de la muerte del Sabueso, veia con gusto, con alegría, que se acercaba el desenlace del drama en que habia tomado á su cargo tan importante papel.

El Sabueso no se amedrentaba por lo que ahora le sucedia.

Acaso, lejos de abrigar temor alguno, veia con satisfaccion su cercana muerte, término de tan bárbaros martirios.

Por fin, los piés del Sabueso entraron en el agua, que produjo un ruido leve y quejumbroso.

El Sr. Perez dió una nueva voz de mando.

—¡Basta! gritó.

Y el cuerpo del Sabueso no descendió más, quedando su cabeza fuera del brocal del pozo y sus piés sumergidos en el agua.

Entonces Adela se dirigió al Sr. Perez diciendo:

—Ahora déjeme Vd. sola.

D. Jacinto se inclinó respetuosamente pronunciando su sacramental fórmula:

—Estoy á las órdenes de Vd., señora.

Y un momento despues la victima y el verdugo estaban solos, frente á frente y alumbrados por la luz de la linterna que habia quedado sobre el brocal del pozo.

El Sabueso no apartaba su vista de aquella mujer, que si hubiera sido más sensible y ménos perversa no habria podido resistir el fuego intenso de la mirada que en ella se clavaba recordándole con su aterradora expresion una larga historia de crueles sufrimientos.

Pero Adela no era mujer que vacilase en sus resoluciones por tan pequeña cosa como una mirada de reconvencion profunda, lanzada por una victima en los últimos instantes de su agonía.

Así es que con reposado tono y sosteniendo con imperturbable firmeza la mirada de Bernardo, le dijo:

—Ya puedes adivinar cuál ha de ser tu fin: quiero, no obstante, darte algunas explicaciones para que despues resuelvas lo que más te convenga hacer. La cuerda de que estás pendiente se irá aflojando poco á poco, y tu cuerpo descenderá con ella y se irá sumergiendo lentamente hasta que el agua cubra tu cabeza y hayas dejado de existir. Entonces este tablon volverá á cerrarse para no abrirse jamás; él será la losa que cubra tu sepulcro. Esto es, Bernardo, lo que te espera, á ménos que tú quieras impedir tu muerte, pues en este caso puedes hacerlo diciéndome dónde escondes la carta que deseo

poseer: si ahora te obstinas en guardar tu secreto y más adelante te allanas á descubrirlo, llama al señor Perez que en seguida acudirá; tu cuerpo no seguirá descendiendo, y cuando la carta haya parecido te cumpliré todas las promesas que te he hecho para tu tranquilidad futura... ¿Tienes algo que responderme?

—Sí, Consuelo, mujer infame á quien debo todas mis desgracias; puesto que ha sonado mi última hora, ya que al cabo voy á morir, responderé á tus preguntas, dijo el Sabueso sobreponiéndose á todos sus dolores.

—Y bien, ¿qué tienes que contestarme? preguntó Adela con altivez y frialdad.

—Que en vano buscas en mi muerte el descanso que necesitas; que mi venganza irá más allá de mi último suplicio; que cuando yo haya muerto, esa carta, que nunca llegará á tu poder, la verá el señor de Ferreira; que al último instante de mi vida seguirá el primero de tu expiación, porque yo dejo en el mundo persona encargada de castigar á la infiel esposa y de rehabilitar á la virtud que tú has hollado y escarnecido: esto era cuanto tenia que decirte.

Adela soltó una carcajada en la que se mezclaron la ironía y el despecho.

—¿Y nada más? preguntó después. ¡Mentecato!... ¿Crees que sea yo tan necia que cuando tú hayas delado de existir no estaré escudada contra los planes que para tu venganza hayas combinado?...

El Sabueso, que buscaba un resto de esperanza en el temor que procuraba engendrar en el pecho de Ade-

la, se retorció de rabia al oirla, y no queriendo declararse vencido replicó:

—No habrá nada ni nadie que pueda ponerte á cubierto de mi venganza!

—¿Ni siquiera el desaparecer de Madrid cuando apenas hayas muerto? repuso Adela con más sangrienta ironía.

—¡Tú!...

—Yo, sí: ¿qué te extraña? Mi viaje está ya dispuesto. ¿Dónde voy?... Nadie lo sabe todavía, ni nadie sabrá cuáles son mis proyectos, que se realizarán sin que haya quien pueda impedirlo. Ya lo ves; tu venganza nunca llegará hasta mí.

—Te equivocas, dijo Bernardo con angustioso acento; donde quiera que vayas allí encontrarás el castigo de tu culpa, mujer infame: no hay astucia, no hay proyecto alguno que baste á impedir que te hiera la justicia de Dios.

Adela volvió á reir estrepitosamente.

—¡La justicia de Dios! repuso: ¿Fías á ella tu venganza?... ¡Desdichado!... Más te valdria oir mi consejo, entregarme ese papel y vivir tranquilo lejos de esta tierra, donde no has sabido labrar tu fortuna.

El Sabueso no contestó.

Sus ojos relumbraron con un fuego vivo y siniestro; y Adela, convencida de la inutilidad de su insistencia y no pudiendo acaso resistir aquella última mirada:

—No olvides lo que te he dicho, añadió; siempre será tiempo para que te arrepientas de esa terquedad



que ha de hacerte morir. Mientras vivas estoy dispuesta á perdonarte si me entregas la carta que te he pedido.

Y sin aguardar respuesta del Sabueso se alejó del pozo y salió de la prision.

Bernardo no tardó en ver cumplida la terrible sentencia que Adela había pronunciado.

La cuerda de que estaba pendiente comenzó á ceder al peso de su cuerpo.

La frialdad del agua que iba cubriendo sus piernas le marcaba los grados de aquel descenso á cuyo fin estaba la muerte.

El Sabueso, sin embargo, no pensó en librarse del nuevo suplicio que sufría ni de la espantosa muerte que le aguardaba.

Tres dias de horrible lucha, de crueles tormentos habian embotado su espíritu, que ya parecia insensible á sus propios dolores y á las amenazas que le rodeaban en aquella lóbrega mansion.

Así pasaron más de dos horas.

El agua subia pausadamente por el cuerpo de Bernardo, ó mejor dicho, éste continuaba descendiendo, y ya el agua cubria su cintura.

Su cabeza estaba sepultada entre las estrechas paredes del brocal del pozo, y su vista nada podia descubrir que no fuera la aterradora oscuridad del abismo en que se iba sumergiendo.

Más de una vez el buen Sr. Perez se habia acercado á la puerta del sótano, que habia quedado abierta desde la salida de Adela, á observar los movimien-

tos de su prisionero; pero nunca habia podido satisfacer su curiosidad.

Por último, cuando ya no distinguía la figura del Sabueso, cuando entre el brocal del pozo y la trampa del techo no alcanzó á ver más que una cuerda tirante, de cuyo extremo se comprendía que habia de estar pendiente un cuerpo pesado que por hallarse dentro del pozo no se podia distinguir, avanzó hácia el centro del sótano y fué á cerciorarse del estado en que Bernardo se encontraba.

Con la linterna iluminó el interior del brocal y vió al Sabueso, que martirizado por las angustias de su desesperada situación y por los dolores que le producian las fuertes ligaduras con que estaba sujeto, comenzaba á agitarse con las convulsiones de una espantosa agonía.

La luz hizo que Bernardo levantara la cabeza y su mirada fué á cruzarse con la de D. Jacinto.

El rostro de Bernardo se puso encendido de ira: le pareció que la presencia del agente de negocios en aquellos momentos, era el último y el mayor martirio que se le podia reservar para que su muerte fuera más acibarada.

El Sr. Perez comprendió que causaba este efecto; pero indiferente al suplicio de Bernardo se dirigió á él preguntándole:

—¿No cedes todavía, mala cabeza?!... La Señora se ha ido dejándome el encargo de que sus órdenes se cumplan con la puntualidad con que yo la sirvo siempre, y ya lo ves, no me separo de sus instrucciones;

tu cuerpo va bajando sin cesar, aunque te se concede tiempo sobrado para que entres en razon... La muerte se acerca para tí, y yo, antes de que perezcas, he querido venir á saber si te arrepientes de tu obstinacion y me revelas ese secreto, que en otro caso morirá contigo inútilmente, sin aprovechar ni á Dios ni al diablo... ¿Qué me dices?... ¿Me entregas esa carta?...

—¡Rompa Vd. esa cuerda y máteme de una vez! exclamó el Sabueso con sofocada voz.

El viejecillo sonrió al oírle, y con acento que procuró endulzar:

—No puedo complacerte, dijo; tu muerte viene por sus pasos contados, y yo no tengo la facultad de apresurarla; pero no te impacientes que no se hará esperar mucho: mira, ya el agua te llega á la garganta y pronto entrará en tu boca. ¿No tenias sed?... Ahora vas á satisfacerla á tu gusto.

Bernardo no respondió: los insultos que el señor Perez prodigaba á su agonía le causaban un coraje que supo reprimir, y se propuso no hablar ni una palabra más, bien seguro de la ineficacia de sus súplicas.

El Sr. Perez, por el contrario, resuelto á que el Sabueso muriese en la forma dispuesta por Adela, quiso llevar su crueldad al extremo inconcebible de estar martirizando á Bernardo hasta el último punto con pretensiones y consejos que la víctima se habia propuesto desatender.

Tal era la situación.

De pronto, en la parte superior de la casa, en las habitaciones de D. Jacinto, se oyó un horrible estré-

pito, que paralizó las exhortaciones del agente, quien no supo explicarse la causa de aquel extraño ruido, que iba en aumento, y que no tardó en llegar distintamente hasta el fondo del sótano, gracias á que la puerta y la trampa del techo permanecian abiertas.

Voces confusas, golpes de puertas que se abrían y cerraban violentamente; esto era lo que D. Jacinto percibía y lo que habia suspendido todos sus movimientos, pues ni era dueño de moverse ni se atrevía á gritar.

Aquellas voces se iban acercando, cuando de repente asomó por el hueco de la trampa un rostro arrugado, moreno, adornado con un canoso bigote y rodeado de un pelo casi blanco tambien, y una voz ronca y profundamente agitada gritó:

—¡Sabueso!... ¡Sabueso!... ¡Hijo mio!...

La voz que así llamaba era de mujer.

Bernardo, al oír esta voz, se estremeció de alegría, y con acento en que se mezclaban la esperanza y la angustia, exclamó:

—¡Madrina!... ¡Socorro!... ¡Madrina!...

La voz que desde arriba habia gritado volvió á sonar, diciendo:

—¡Ánimo!... ¡Ánimo!... ¡Ya estamos aquí!...

Y el rostro que habia asomado por la trampa se dejó de ver.

D. Jacinto pareció por algunos segundos como petrificado junto al brocal del pozo.

De repente pasó por su semblante una cosa horrible: una idea infernal cruzó por su mente é iluminó

su arrugado rostro, como los relámpagos iluminan los negros pliegues de las nubes que esconden la tempestad.

Con un rapidísimo movimiento sacó de su pecho un afilado cuchillo, cortó la cuerda de que pendía el cuerpo del Sabueso, arrojó al pozo la linterna y desapareció por la escalera de la prisión.

El cuerpo de Bernardo se precipitó como una masa inerte, á impulsos de su propio peso, hasta el fondo del pozo, y en el sótano reinó por algunos momentos el silencio más profundo.

## VII.

## La tragedia.

A la mañana del día siguiente no estaba deshabitada en la calle del Carmen *La Flor del Olvido*.

En una pieza del entresuelo, contigua á aquella en que habia recobrado su salud el doctor Antunez, hallábase éste conversando en voz muy baja con Navarro el pintor.

En los semblantes de los dos amigos se reflejaban muy diversas impresiones.

Antunez estaba animado y hablaba con creciente calor, mientras en Navarro se advertia una marcada expresion de temor y de duda.

—¿Qué me contestas? ¿Apruebas mi plan y te decides á acompañarme? preguntaba Antunez.

—Te acompañaré á donde quiera que vayas, respondió Navarro; pero no cesaré de repetirte que es una insigne locura lo que intentas.